

ESCRITORES ARGENTINOS
Novelas, cuentos, relatos



Para el ~~libro~~ fotógrafo
y artista
Esueto Montecarlo
Gracias por sus
fotos.
Antonio Del Olitto

La engañosa calma de los pagos chicos

**SIEMPRE ES DIFÍCIL
VOLVER A CASA,**

de **ANTONIO DAL MASETTO.**
Emecé, 1985, 234 páginas.

Cuatro desesperados deciden asaltar un banco en una pequeña y aparentemente calma ciudad de provincia. Ya se sabe que las historias de "pago chico" suelen ser las más terribles. Lo probó sobradamente Manuel Puig (*La traleción de Rita Hayworth, Boquitas pintadas*) y más recientemente Osvaldo Soriano (*No habrá más penas ni olvido, Cuarteles de invierno*). La tercera novela de Antonio Dal Masetto participa del tenso clima de thriller pueblerino de la narrativa de Soriano, pero acaso le gana en intensidad dramática.

Es poco lo que se sabe de los protagonistas y mucho lo que se puede imaginar el lector. Jorge, Dante, Ramiro y Cucurucho son de lejos cuatro perdedores ya casi sin pasado y sin memoria, herede-

ros del desconcierto y la sinrazón que arrastraban otros personajes del autor, en *Siete de oro* y *Fuego a discreción*.

Como en los títulos anteriores de Dal Masetto, todavía andan por ahí retazos de Céline, de Kafka y el primer Camus, pero también —y muy especialmente— la sombra de James P. Cain. Novela negra y descarnada como pocas, posee la austeridad y el patético fatalismo que movían los pasos de las criaturas de *El cartero llama dos veces* o *Pacto de sangre*.

Tras el asalto, el pueblo de Bosque sacudirá su engañosa mansedumbre y se convertirá en trampa mortal para esos cuatro desgraciados. Un prestigioso abogado de la zona aprovechará para acuchillar a su mujer y cargarles el crimen. Un ingeniero agrónomo experto en armas largas, que nunca ha disparado contra un blanco móvil, tendrá su gran oportunidad. Vagos, chiquilines ociosos, marginales y "notables" de la zona se unirán para cercar y ultimar a los intrusos.

Escondidos como ratas en casas y coches ajenos, testigos involuntarios de cuanta secreta miseria anida ese poblado, los cuatro amigos se irán despidiendo de a poco de toda esperanza. No hay salida, y lo saben.

En algún momento, sobre el final, como un personaje de Borges, alguien pensará que todo es irreal, que nada de eso —esa furia, esa desatada, implacable violencia— está ocurriendo. Víctimas y victimarios parecerán momentáneamente cristalizados, congelados en su sitio por unos pocos segundos, antes del tiro de gracia y las dentelladas feroces y sin culpa.

Microcosmos de un entorno mayor, el pueblo de Bosque es todos los pueblos y también un país desgarrado, donde aún respiran infinitos demonios.

Hay pocas novelas ejemplares e imperdibles en la narrativa argentina de los últimos años. Esta es una de ellas.

Jorge Carnevale

El francotirador

DENSENGUENTRO

Escribe ANTONIO DAL MASETTO

18-7-86



LA EXIGUA FAJA DE SOL QUE PENETRA POR LA VENTANILLA DEL TREN BAJA EN DIAGONAL DELANTE DEL HOMBRE Y VA A MORIR EN LA BOTA DE LA MUJER QUE A SU LADO SE ESTIRA PARA COLOCAR UN BOLSO EN EL PORTAEQUIPAJES. EL HOMBRE APARTA LA VISTA DEL LIBRO QUE ESTA LEYENDO, RECORRE CON LA MIRADA EL RAYO DE LUZ CONVULSIONADO DE CORPUSCULOS

plateados, ve aquella bota, el resto de la pierna, el cuerpo, parte de la cara oculta por el brazo levantado, la roja cabellera frondosa. Con un interés insólito, con un principio de impaciencia, espera a que ella se acomode. Cuando finalmente lo hace, el hombre comprende a qué correspondía la secreta señal que lo había estado inquietando. Frente a él acaba de sentarse su gran e imposible amor de los quince años. Turbado, extrañado, el hombre la observa furtivamente. En aquella cara, todavía fresca, todavía hermosa, descubre, pese a todo, las evidencias irremediables de su propia edad. Recuerda aquellos otros años, la farmacia donde trabajaba como cadete, la pelirroja que lo volvía loco y que aparecía casi todos los días para comprar algún medicamento o algún artículo de perfumería. Ahora, la adolescente pelirroja está ahí (las rodillas de ambos casi se tocan), convertida en una mujer exuberante que mira distraída-mente por la ventanilla, que fuma, que revela en los rasgos de su cara cierta dureza, algo así como la huella de un dolor.

Finalmente sus miradas se encuentran. Ella sonríe. Se saludan como si se hubiesen estado viendo siempre. El hombre enciende su propio cigarrillo y después artiesga: "Seguro que no te acordás de mí". "Sí, me acuerdo—dice ella—, trabajabas en la farmacia." Establecido ese primer contacto, esa mínima complicidad, el hombre se siente más cómodo. Entonces comienza un largo diálogo a través del cual cada uno va desgranando su vida, va relatando lo que ha hecho y deshecho desde que abandonaron aquel pueblo. El viaje dura más de tres horas, así que hay tiempo de sobra. La mujer es locuaz y el hombre la escucha con una atención estremada. Pero, más allá del interés que pueda suscitarle la historia de una carrera universitaria truncada, un matrimonio, dos hijos, una separación, una actividad política que le costó el exilio, lo que el hombre busca en aquellos rasgos y en aquella voz es la adolescente de sus quin-

ce años. El tren avanza por la llanura invernal. Se detiene, vuelve a arrancar. El hombre y la mujer siguen hablando, se convidan mutuamente cigarrillos, coinciden en sus preferencias sobre cine y literatura. Todo esto los hace sentir a gusto y dispuestos a las confesiones. Y es así que, dejada atrás la última estación, poco antes de llegar a destino, el hombre, como al pasar, con un tono descuidado, comenta: "En aquella época, cuando trabajaba en la farmacia, estaba locamente enamorado de vos". Sonríe: "Todos los días esperaba que apareciera y apenas te veía entrar corría para que no te atendiera otro". La mujer hace una mueca, se pasa una mano por el pelo, dice: "Yo también estaba enamorada de vos; por eso iba tan seguido a la farmacia; me la pasaba inventando pretextos para ir; siempre esperaba que me dijeras algo, que me pidieras una cita, pero nunca me hablaste". Sacude la cabeza y ríe.

Ahora el hombre permanece callado. Oscuramente, siente el peso de la impotencia. Es como si la confesión de la mujer acabase de revelarle también la existencia de una gran traición, consumada allá, en el fondo de los años. Con un principio de malestar, con cierta desesperación, piensa en aquella época, trata de recuperar detalles, escenas, como si todavía hubiese alguna mágica posibilidad de rescatar la oportunidad perdida. Ella lo distrae de sus cavilaciones: "Ya estamos llegando". Detrás del vidrio, algunas señales denuncian la proximidad del pueblo. Inmediatamente el tren entra a la estación. Se despiden. Ella se mete en un coche que la estaba esperando. El hombre renuncia a la idea de tomar un taxi y camina. La confusión que hasta unos segundos lo oprimía va dejando lugar a un lento, vasto y casi placentero sentimiento de ironía. Avanza despacio por la vereda de tierra, mira el cielo, los árboles sin hojas, los jardines de las casas. Se dice que vivir, definitivamente, es una experiencia interesante.